

Nuestra Patrona Santa Ana

Afuera de buenos tudelanos no podemos menos de emborronar algunas cuartillas en la para nosotros fiesta de las fiestas; en la solemnidad de Nuestra idolatrada Patrona Santa Ana.

Y entre las múltiples y sustanciosas cosas que de Ella pudieran decirse, nos ha parecido hoy por hoy lo más oportuno ocuparnos de su grandeza, para convencer más y más a nuestros lectores, (aunque de ello bien convencidos están) cuan acertados estuvieron nuestros antepasados en elegirle por nuestra Abogada y Patrona.

Y a la verdad entre las puras mujeres, (salvando y exceptuando siempre a su Inmaculada Hija, que es la bendita entre todas las Mujeres) Santa Ana es el tipo perfecto de la mujer dignificada y sus grandezas y glorias, y sus glorias y grandezas son la prueba más concluyente de que no es la posición terrena, sino la gracia y los dones de Dios los que constituyen la definitiva grandeza y excelencia humana.

Cuando se nombran empero, las grandezas y glorias de Santa Ana, nadie vaya a creer por eso que se habla de aquellos títulos vanos, con que se viste la triste condición humana, pavoneándose con ellos, como pudiera hacerlo un inculto cementerio con la gala de sus efímeras flores. No, nada de eso. Pomposas sí, las ostentaba su árbol genealógico, que vástagos eran de su estirpe novilísima, Reyes, Patriarcas, y figuras notables del pueblo judío, todos los cuales entronearon con Ella, y enjoraron como de nuevas perlas, aun temporales, la misma corona de su Eterna nobleza.

Pero no es esta la grandeza de que se preciaba Santa Ana.

La verdadera excelsitud, que le enaltecía, su corona y timbre de gloria y honor era la nobleza de su alma, reportada no de Reyes ascendientes, sino del único descendiente, que vale por todos, Rey de Reyes, y Señor de Señores, Jesucristo su Nieto Divino, nobleza, coronada, entre otras dotes y casi más, con una pureza de corazón con super-Agelice, dentro de su estado conyugal.

Y así tiene que ser, atendida

la misión, que según el plan de Dios, había de desempeñar Santa Ana en este mundo, cual era la de ser Madre de María, y Abuela del Verbo Encarnado. No podía, no, faltar esta virtud, prenda de celestiales espíritus, en la que había de ser Madre de los limpiísimos Angeles.

Angeles tiene Dios y millares de millares de millones asisten en su presencia, y como si todos ellos no acabaran de servir como se merece a su Emperatriz, Santa Ana el Angel de Guarda de María, Arcángeles tiene Dios, que dan las repuestas Divinas y llevan la Divina Mensajería a los amigos y predilectos del Altísimo, y Santa Ana es la encargada por el Señor para manifestar sus divinos deseos y voluntad a su Inmaculada Hija.

Principados tiene Dios que gobiernan y mandan a los Angeles inferiores, mas el gobierno y mando en la Tierra, de la que tiene en el Cielo el mando y gobierno sobre las Angélicas Jerarquías, sólo se da a Santa Ana, su venerable Madre. Potestades tiene Dios, que representan la omnipotencia divina, y son instrumentos con que derriba en el mundo la soberbia de los enemigos pero el poderío Divino que al entrar María en el mundo, derribó a la antigua serpiente, su mortal y rabiosa enemiga, obró sus maravillas y magnificencias en el seno maternal de Santa Ana, haciendo que en él se ejecutase, como en tabernáculo limpiísimo y novilísimo santuario, la grandeza de las grandezas, el milagro de los milagros lo que no ha tenido ni tendrá semejante ni en el orden de naturaleza, ni mucho menos en el de la gracia, la Purísima Concepción de María Santísima.

Dominaciones tiene Dios, que profesan especial vasallaje a su señorío; tronos vivientes, en que reposan Querubines, que estarían contemplándole, Serafines, en fin, abrasados en fuegos de amor, pero hay una Dominación, a quien la Señora del Universo estuvo sujeta, un trono que tuvo asentado en su regazo, al trono de la Santísima Trinidad; un Querubín que oyó de la boca de la Princesa de

los Querubines conceptos a éstos escondidos y que para sí hubieran querido escuchar; un Serafín altísimo de mayor, el fuego de cuyo corazón pudiera encender aunque tuvieran pechos de nieve a todos los Serafines, y ese Serafín, ese Querubín, ese trono, y esa dominación no es otra que Santa Ana la Excelsa.

De aquí que pura y limpia de pecado, siempre recatada, modesta en el semblante, compuesta en sus acciones, recatada en el vestir, y en todo fiel reflejo de su Hija, por su limpieza y pureza, dentro del estado conyugal, la escogió el Señor para Madre de su Madre y Abuela de su Hijo, como quien escoge de entre todos los sembrados una sola viña, del de las flores un lirio, de la tierra una morada, de los abismos del mar, una sola fuente, de los ganados una sola oveja, de las aves una sola paloma, de las ciudades una sola Sión.

Orgullosos podemos estar pues los Hijos de Tudela, de tener tal Patrona, tal Reina, y tal Madre: y ya que tiene entre nosotros como Reina un cetro, y como Madre un Manto no hay que poner en tela de juicio que con grandeza y amoroso cariño nos protegerá y supere con su mediación todo cuanto se oponga a nuestra prosperidad moral y material, espiritual y corporal, terrena y sobrenatural pues eficacísima son su influencia y ascendiente ante el solio del Señor como lo expresa y sintetiza aquella estrofa de su Novena.

En tal Hijo y en tal Nieto
Que traten no extrañará,
con imperio a los demás
y a Santa Ana con respeto.
de lo cual es consecuencia y efecto que

Quien a sus Aras se llega
Con voz de asombro publique
Que Dios favores duplique
Cuando es Ana quien lo ruega.

LA REDACCIÓN